



PIERRE SERNA

Como animales

Historia política
de los animales durante la
Revolución francesa
(1750-1840)

ÍNDICE

Introducción. Animal, animalismo, animalización en tiempos de la Revolución francesa.....	9
El ser humano o la criatura animal con máscara de hombre..	11
La herencia del siglo XVIII	17
Por una ciencia política del animal en la Revolución	20

PRIMERA PARTE

VIGILAR ANIMALES Y EDUCAR A CIUDADANOS

Capítulo 1. El animal es un delincuente como cualquier otro	33
París y el desorden animal.....	34
¿Es culpable el animal?.....	37
Capítulo 2. Proteger al ciudadano del animal: civilizar a las bestias ..	39
Un malvado perro rabioso o un buen perro fiel.....	39
El tiempo de la Revolución y del caballo: de la distinción nobiliar a la comedia burguesa.....	42
La carne, la carnicería y el Terror	45
La higiene urbana: hacia una ecología policial republicana ...	54

Capítulo 3. Pacificar las costumbres en la Revolución	61
El Antiguo Régimen o la feria de los animales	61
Educar la mirada de los ciudadanos	72

SEGUNDA PARTE

LA INVENCIÓN DEL ANIMAL REPUBLICANO
O EL NACIMIENTO DEL MUSÉUM D'HISTOIRE NATURELLE

Capítulo 4. El arca de Noé republicana	87
Animales aclimatados y ciudadanos libres	87
El nacimiento del Muséum d'Histoire Naturelle.....	94
Thibaudeau y los animales termidorianos	96
Lacépède o el Directorio de los animales.....	98
Capítulo 5. Reproducir animales: la Casa de Fieras como ciudad feliz de la República	103
Curar, mostrar y coleccionar	103
La melancolía de los animales	110
Vigilar y unir a los guardianes de los animales	112
El celo en el Jardín, o la República en marcha... ..	114
De las acometidas paquidérmicas a la conyugalidad felina....	116
Capítulo 6. Construir un nuevo Edén.....	121
El animal es un hombre para el animal.....	121
Crear, inventar y normalizar al público.....	126
Ciudadanos y ciudadanas en el Muséum: ¿quién observa a quién?	130
Abrir la jaula a los animales y liberar a los hombres.....	143
Hacia una ecología revolucionaria, o la vía del vegetarianismo..	146

TERCERA PARTE

LA INVENCIÓN DE LA MEDICINA VETERINARIA
REPUBLICANA

Capítulo 7. La revolución veterinaria.....	155
De veterinario del rey a director adjunto de la École Républi- caine de Maisons-Alfort.....	155
Mejorar, seleccionar y desarrollar	163
El nacimiento del veterinario republicano: «ecólogo» de los animales, dietista de los ciudadanos.....	166

Capítulo 8. Construir la oveja francesa.....	171
El proyecto inacabado de Gilbert.....	171
Gilbert, enemigo de los lobos.....	180
Capítulo 9. El partido político de Gilbert: la agronomía republicana..	183
Las redes de un científico.....	183
Gilbert y François de Neufchâteau.....	190
Capítulo 10. La catástrofe de 1800: en busca del rebaño perdido ...	195
Las ovejas de España.....	195
Los merinos en Francia.....	205

CUARTA PARTE

LA POLÍTICA DEL ANIMAL: DE LA REVOLUCIÓN
DE LOS TIGRES A LOS VEGETARIANOS DE LA REPÚBLICA

Capítulo 11. En la Revolución todo es animal.....	213
1789 o la gran masacre de la caza.....	216
La caza al hombre.....	221
Capítulo 12. 1795, el año de los tigres.....	223
El bárbaro y el salvaje.....	223
La animalidad del mal en el año III.....	228
La resiliencia y el tiempo de los perros.....	236
1798-1799: los diccionarios de animales jacobinos.....	245
Capítulo 13. Mercier, Sade: bestia agonizante, bestialidad provocadora.....	249
Mercier: de la ciudad real y repleta de bestias a la ciudad republicana y bestial.....	249
El Terror según Mercier: un problema en la urbanización de la República.....	256
¿La bestialidad del marqués de Sade?.....	266
La animalidad o el techo de cristal del mundo moderno.....	275
Capítulo 14. 1789-1803: república ecológica y democracia vegetariana.....	279
Boissel, el rojo verde de la Revolución.....	279
La Constitución democrática y vegetariana del año I.....	289
El maltrato animal y el primer vegetarianismo republicano ..	294
¿Una primera época vegetariana?.....	297

QUINTA PARTE
LA INVENCIÓN DEL HOMBRE-MONO:
1802 Y LA CATÁSTROFE RACIALISTA

Capítulo 15. Los esclavos, como animales de carga	309
«Negros y negras» convertidos en hombres y mujeres-mono..	310
El ataque contra la «negrofilia»	313
Capítulo 16. Leyendo y escribiendo los diccionarios de historia natural.....	321
¿A quién pertenece la persona cuya piel se declara negra?	322
El giro Virey	330
Poligenismo y respeto por las luchas de los negros.....	337
Acabar científicamente con las relaciones peligrosas hombre- simio.....	340
Capítulo 17. Los deseos de la africana o la amenaza sobre la civi- lización blanca	345
Como animales.	346
El peligro de ensimiar a la raza blanca.....	351
Conclusión. ¿Son peores los hombres que los animales?.....	355
Agradecimientos.....	365
Notas	367
Créditos de las ilustraciones.....	409

INTRODUCCIÓN.

ANIMAL, ANIMALISMO, ANIMALIZACIÓN EN TIEMPOS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

¿Por qué no se ha pensado y escrito mucho antes un libro como este? Sabemos casi todo sobre los protagonistas de la Revolución, pero ¿qué habría sido de ellos sin sus compañeros de armas, sin el motor de la economía, sin alimentos, sin medios de transporte, sin descubrimientos científicos, sin imaginario, sin fuentes de riqueza...? En una palabra, ¿qué habría sido de los revolucionarios sin los animales?

Esta es una historia de seres invisibles que han pasado inadvertidos, que nunca han sido objeto de atención de los historiadores. Lo que ofrecemos al lector es una historia de animales; una historia de seres vivos que no tienen nada, que no han interesado a nadie hasta hoy en la gran historia de la última década del siglo XVIII. Tal vez haya llegado el momento de cambiar de enfoque sobre este período y reescribirlo en función de las relaciones que los hombres establecen con los animales, precisamente en el momento en el que hombres y mujeres estaban reinventando y refundando sus relaciones políticas y sociales y convirtiendo las leyes naturales en leyes positivas.¹ ¿Qué hicieron los animales durante la Revolución? ¿Transformó la Revolución el destino del mundo animal?

Dominados, colocados en lo más bajo de la escala de los seres vivos, explotados, utilizados, devorados y sacrificados, pero también observados, conservados, naturalizados e incluso seleccionados, mejorados, vendidos y apreciados, los animales están en todas partes para quien esté dispuesto a

leer de otra manera los manuscritos o a mirar con nuevo interés las imágenes y las obras que nos ha legado el siglo XVIII.

Para comenzar, podemos fijarnos en una falsa evidencia: los animales no son nada silenciosos. Todo lo contrario, hacen mucho ruido.² Más aún, se comunican entre ellos. Aunque debemos confesar, modestamente, que no entendemos su lenguaje y que solo, en fechas muy recientes, han comenzado a descifrarse algunos fragmentos de estas otras lenguas que el hombre ha considerado como inexistentes por el mero hecho de no comprenderlas. Además, ¿por qué tendrían que hablar con nosotros los animales? En diez años de investigación sobre los animales, no he encontrado más que dos testimonios de animales que hablaran, o que supieran hablar, aunque no quisieran hacerlo con los hombres. El primer caso es el de un loro, durante el período del Terror. En el momento en que arrestaban a su propietario, repitió unas palabras contrarrevolucionarias que sabía de memoria: «¡Viva el rey!». Su suerte se truncó antes de llegar a la guillotina y terminó con el pescuezo retorcido. El segundo caso, mucho más trágico, es el de los monos. En los relatos de los viajeros europeos, se habla de que, para muchos africanos, estos animales sabían hablar perfectamente, pero eran tan sagaces que sabían que, si pronunciaban una sola palabra, podrían ser tomados por humanos. Aquí comenzaría su desgracia porque, inmediatamente, serían sometidos y conocerían el infierno de trabajar como esclavos. ¿Era el mono un ser tan inteligente que guardaba silencio para disfrutar tranquilamente de la vida y no mezclarse en la locura asesina de los hombres? Para ser una criatura que siempre se ha presentado como inferior al hombre, la astucia no está nada mal.³

El siglo XVIII descubrió con pasión el universo animal. Lo observó, lo clasificó, le dio nombre y se maravilló de su exotismo. Le pareció fascinante, curioso, inteligente, gracioso y trágico, una forma de verse a sí mismo, porque el observador una vez también había sido animal. El Siglo de las Luces quiso a los animales a su manera. Los dibujó, pintó, entrenó, conservó, admiró y contribuyó a la invención del animal de compañía: gatos para las señoras, perros para los caballeros. También los disecó, los eliminó en masa y practicó con ellos la disección de manera continuada sin hacerse preguntas. ¿Igual que se había hecho en siglos anteriores? No exactamente, porque el animal estuvo en el corazón de la batalla intelectual, erudita y científica del Siglo de las Luces. El animal fue la vanguardia de un pensamiento que, para demostrar la humanidad de unos hombres libres ya de

cualquier sumisión al principio divino, debían mostrar cierta familiaridad con los más evolucionados de los mamíferos, tanto humanos como no humanos. El siglo XVIII ofreció al hombre el privilegio de convertirse en el primero de los animales.

Pero el siglo de los filósofos fue también el de la trata de esclavos negros, el de la colonización de la India y el de la destrucción de su economía; el siglo del gran expolio de África y el de una despiadada segunda Guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra, dispuestas a todo para conseguir la hegemonía mundial hasta la victoria final de Inglaterra en 1815; una lucha a muerte que dejó a Francia exhausta, con un régimen político inestable y una sociedad completamente desgarrada. Fue el siglo que se terminó con las revoluciones y su doble rostro: el que resplandece con la esperanza de refundar un mundo nuevo, y el horrible de las guerras civiles, guerras sin límites con su cortejo de masacres en el continente europeo, entre repúblicas y monarquías, pero también en todo el ámbito del océano Atlántico.

La esperanza se transformó en tragedia cuando a la abolición de la esclavitud en 1794 le siguió su restablecimiento en 1802, la república se convirtió en una dictadura, la monarquía parlamentaria inglesa en una maquinaria para destruir Irlanda y la república americana en un sistema de plantaciones esclavistas. El hombre, que debería haberse realizado a través de la razón, la filosofía política y la caridad creando un mundo donde todas las criaturas pudieran vivir en armonía, se convirtió en una especie de animal, asumió los instintos de las bestias y regresó al nivel que algunos denominan «animal»; algo que la más poderosa expresión artística de esa época, la pintura, tendría dificultades para ocultar por completo.

El ser humano o la criatura animal con máscara de hombre

La historia del lienzo de Charles Meynier, verdadero palimpsesto de la figura animal bajo rostro humano, es la del tormento de los contemporáneos del naciente siglo XIX al descubrir su identidad bajo una inquietante y extraña mezcla de humanidad y animalidad (fig. 1). El cuadro tiene una historia que merece ser contada. En 1806, el emperador encargó una serie de lienzos que debían ilustrar la campaña de Alemania en 1805. Para definir los temas que debía desarrollar, se sirvió de los consejos de Denon, artista y diplomático. Meynier será el pintor elegido para representar el epi-



Figura 1. *El mariscal Ney devuelve a los soldados del 76 regimiento de línea sus banderas recuperadas en el arsenal de Innsbruck el 7 de noviembre de 1805*, Charles Meynier, 1808.

sodio del 7 de noviembre de 1805. Aquel día, en el arsenal de Innsbruck, el mariscal Ney devolvió a los soldados del 76.º Regimiento de Infantería las banderas que les habían sido arrebatadas durante la campaña de 1800. Estos emblemas identitarios, reconquistados con honor, constituyen el elemento central del cuadro y provocan un estallido de alegría entre el grupo de guerreros que reverencian el estandarte recién recuperado. El primer boceto de la obra es el que sirve de ilustración a la cubierta de este libro: un grupo de soldados eufóricos que abrazan una bandera, nada más banal. Pero, si nos acercamos a sus caras, ¿qué vemos? ¿Qué vemos en ellas? La incomodidad es instantánea, el choque inmediato y la revelación flagrante. No son hombres o, por lo menos, no son solo hombres. Cerca de la bandera, vemos a una manada de hombres-león de rostros magnífica y extrañamente felinos. Sus cabellos son crines de fuego, reyes de la sabana enfurecidos con la cara encendida de alegría por el descubrimiento del talismán; en la penumbra, al fondo, miremos bien, hombres-oso y hombres-lobo, bestias siempre inquietantes y feroces; menos llamativos, pero

también presentes en primer plano, absortos y abrazados a la bandera, un hombre-pájaro y otro con cráneo de conejo en lugar de cabeza.

¿Qué locura se apodera de la élite del ejército de Napoleón en esta escena de histeria colectiva y masculina en el momento en el que recuperan el fetiche, la bandera fálica, que les hace caer en un delirio del que emerge la naturaleza profunda de los combatientes, en unos el león, en otros el lobo, el oso, el ave de presa, el conejo o la comadreja?

¿Qué ha ocurrido en Francia, en la refinada sociedad del siglo XVIII y después en la nueva *cit * republicana, para que esta regresión sea tan manifiesta y tan violenta que molesta a la vista? Cuando el cuadro fue expuesto en el Salón de 1808, el crítico de *La Gazette de France* no se equivocaba al señalar en esta exuberancia más «una escena revolucionaria que la satisfacción [...] de unos guerreros victoriosos». El periodista se preguntaba sobre la naturaleza de esos «hombres furiosos», sin alcanzar a entender «por qué el artista ha erizado los cabellos de la mayoría de los soldados». ⁴ El cuadro, señala acertadamente Philippe Bordes, «desborda las convenciones de la epopeya imperial» impulsado por su «imaginación pictórica» en la representación de hombres bestializados descompuestos por la felicidad que llegan, incluso, a desnudar su pecho y mostrar sus cicatrices en el gozo de recuperar la divisa azul, blanca y roja, una bagatela viril...

Tras la advertencia, d cil, Meynier repint  la escena del cuadro oficial. Esta vez se trataba de presentar a los soldados como debían ser; es decir, como seres humanos y no como semibestias, semihombres, a medio camino entre fieras y guerreros. El pintor se puso manos a la obra y el resultado es impresionante por la metamorfosis que propone. Todo es muy semejante al boceto, incluida la posición de los cuerpos y, sin embargo, todo ha cambiado. ⁵ La magia del pincel ha metamorfoseado la jauría en una falange de hombres de rostro delicado, casi afeminados, al estilo de Girodet. Meynier presenta esta vez a los soldados bajo el aspecto de jóvenes efebos encaprichados por los pliegues de las banderas e inmersos, a través de una homosociabilidad de est tica griega, en una representación de género que hace planear dudas sobre los amores de estos jóvenes. De repente, más que educados, casi amanerados para ser fuerzas de choque del Imperio, adoptan las refinadas formas de los guerreros helenos, sin perder por ello un ápice de su energía. Es enorme la diferencia



Figura 2. Los hombres-león, plancha de Le Brun, en *La fisonomía humana comparada con la fisonomía de los animales* de Lucien Métivet, calcografía del Museo de Napoleón, 1806, París, H. Laurens, 1927.

que existe entre la extrema dulzura de estos rostros, mezcla de finura femenina y perfiles dulcemente masculinos, y la de aquella otra horda de hombres asalvajados con crines de león y la saliva en los labios. Cada lector podrá formarse su propia opinión y guardar para sí, en la lectura silenciosa de esta introducción, su preferencia. Como autor, me parece que ambas constituyen un cara a cara fascinante, una doble verdad, el anverso y reverso de un mismo mundo que Napoleón quiere ocultar, pero que el artista conoce. Debajo del rostro humano, se encuentran las fauces del animal.

Tal vez en ningún otro momento de la historia moderna y contemporánea la historia de los hombres haya estado tan ligada a la de los animales como en vísperas de la Revolución Industrial, cuando los antiguos regímenes llegan a su fin y se abre una larga transición revolucionaria que transformaría el mundo entre 1750 y 1830. Este libro aspira a dejar constancia de ello. Es el inicio de una línea de trabajo sobre el cara a cara único que tuvo lugar entre el hombre y el animal durante este período en el que ambos compartieron un destino común que todavía está pendiente de ser recuperado.

El primer reto consiste en alejarse de la visión antropomórfica que acecha a todo investigador occidental que trabaja sobre el animal y que convierte a este último en sustituto del hombre: en sí mismo, es una forma de humanidad antes de ser realmente una bestia. Desde Esopo hasta La Fontaine; de Gillray, el caricaturista antirrevolucionario inglés, hasta el mundo de los gatos de Balzac, el animal ha sido una imagen deformada del hombre, de sus cualidades y, más a menudo, de sus defectos.⁶ Se trata de un patrón que repite, ya sea de manera divertida, malvada o misteriosa, buena parte de la humanidad. Este no es el objeto del presente libro, que no aspira a ser una contribución a la historia cultural.⁷ El segundo defecto consiste en esencializar el animal convirtiéndolo en el dominador de un reino opuesto a una cultura completamente humana, trazando implícitamente una frontera estricta y estanca entre el animal y el hombre y protegiendo a este último —por su razón y su inteligencia— de cualquier peligro de contaminación animal. El animal se convierte así en mero objeto de observación, sobre todo para la historia de la ciencia. Tampoco es el objetivo de estas páginas confinar en dos esferas diferentes a los seres vivos del mundo animal.

Este libro propone una historia política de las relaciones entre los hombres y los animales. Intentaremos estudiar la manera en la que estos últimos, aunque manipulados, utilizados o instrumentalizados, participaron en la Revolución y en la construcción de un nuevo sistema de clases para los seres vivos. Grupos sociales nuevos, que habían vencido en la lucha política, edificaron un sistema a partir de una idea de soberanía original que se apoyaba en formas de dominación consentidas o impuestas a cada uno de los actores, fuera este humano o no. Hombres y animales vieron cómo se les asignaba un lugar preciso en la nueva sociedad, y los segundos no serán unos actores menores en la invención de la *cité* regenerada.

La Revolución ofrece, en este punto, una doble cara, contradictoria y a la vez complementaria, salida directamente de los debates filosóficos de su siglo, que sitúan el animal en el centro de las especulaciones político-filosóficas, como lo demuestran las omnipresentes referencias de los políticos a las obras de Condillac o de Rousseau a partir de 1789. El animal se encontraba acorralado. Por una parte, estaban aquellos que, en su reivindicación radical, exigían la vuelta a un orden natural más respetuoso con los derechos naturales de cada criatura y defendían un destino compartido por todos, desde los más necesitados hasta los poderosos, y unas relaciones próximas. Por otro lado, era evidente la voluntad de imponer por parte del derecho positivo un orden cívico nuevo, útil para construir a un ciudadano vigilado, educado como un animal político instruido, a la cabeza de una cadena jerárquica, donde el hombre domina a las bestias. ¿Progresistas contra conservadores?, ¿protoecologistas contra humanocentristas?, si se nos permiten los neologismos. Pero no adelantemos acontecimientos.

La Revolución había comenzado bajo los mejores auspicios, con la Declaración de Derechos del 26 de agosto de 1789, que transformaba al hombre en ciudadano. Pero ¿de qué hombre se trataba?⁸ ¿De un animal inteligente con derechos naturales que accedía a la humanidad por sus derechos positivos, como señala la primera frase del primer artículo? ¿O de una persona con un estatuto social que hace de él un hombre cívico, distinguido por su utilidad social y ajeno a cualquier consideración como ser animal, como lo confirma la segunda frase del mismo artículo?

La pregunta había sido formulada a lo largo del último siglo y, doscientos años más tarde, todavía generaba debate.

La herencia del siglo XVIII

El siglo XVIII conoció dos pasiones: el cuerpo y las palabras. De hecho, los naturalistas y anatomistas fueron los hombres de ciencia por excelencia. Al describir el reino animal, con sus ramas, órdenes, familias, géneros y especies, los Linneo, los Buffon, los Blumenbach, los Jussieu, los Daubenton o los Haller estaban dotando de un nuevo sentido al mundo, al conseguir poner nombres a los animales, clasificarlos y ordenarlos, aunque no sin polémica. Al hacerlo, estaban escribiendo la historia de los hombres. Estos naturalistas fueron capaces de dar una interpretación nueva a la vida y de colocar al ser humano en una nueva posición: en la cima del mundo animal. Por eso, a lo largo del siglo XVIII, hubo una cultura de la representación antropomórfica del animal, y viceversa, una visión animalística de los hombres. Toda una línea del discurso de las Luces se interesó, por ejemplo, por la naturaleza profunda del pueblo, de los inferiores, de la insignificante escoria social. Una sociedad elitista, deseosa de mostrarse filantrópica, se lanzó sobre ese desconocido que era el pueblo de los trabajadores, de los obreros manuales, de los estibadores, del pueblo vulgar de las rabaneras y de las vendedoras de mercado, gentes de costumbres tan extrañas, de lenguaje tan incomprensible, de maneras tan toscas, de costumbres tan brutales y de estilo tan rústico; en pocas palabras, una sociedad científica o semicientífica que, al descubrir el mundo categorizado y clasificado de Linneo y Buffon, se había propuesto trasladarlo a la sociedad preguntándose, entre angustiada y divertida, dónde estaba la frontera entre esos seres mugrientos, repulsivos y, en ocasiones, mezquinos que constituían la hez del pueblo y esas criaturas majestuosas, domesticadas, útiles y magníficas que son los caballos de los cortesanos, cuyo valor, a los ojos de sus dueños, era mayor que el de muchos humanos.⁹ Voltaire, por ejemplo, había adoptado un tono grave en 1766 al definir la palabra «pueblo». Distinguirá entre quienes tienen una profesión que exige una educación y quienes no pueden ofrecer más que su fuerza de trabajo, llegando incluso a burlarse de la «canalla de Lyon»: «Son bueyes —decía— que necesitan del yugo, de la puya y del heno».¹⁰

Al mismo tiempo que los animales, el pueblo fue observado, clasificado, transcrito, traducido y descrito en cada una de sus partes, tal como lo haría un zoólogo. Arlette Farge concluye que, «por su naturaleza animal, el pueblo es a la vez objeto de crítica y depósito de esperanza. Su brutalidad,

al mismo tiempo, lo aleja y lo acerca, porque es este primitivismo horrible, generoso y fascinante el que permite que sea domesticado y justifica el dispositivo policial que la monarquía ilustrada pone en marcha por y contra él en París». ¹¹ Antes de 1789, el escritor Louis-Sébastien Mercier ya se había convertido en observador y transmisor de un saber que banalizaba, normalizaba y naturalizaba el uso de cualidades propias del animal en el vocabulario habitual sobre el hombre y viceversa. Era una forma de entender y de hacerse entender mejor. Mercier proponía así una caracterología popular que, en su presentación de la población, oscilaba ente el retrato de una enorme y exótica bestia social y el de una multitud repleta de buenos sentimientos, cuya evolución futura era imprevisible. ¹² El capítulo «Motines» de Mercier en *Le Tableau de Paris* corresponde a esta ambición, al mismo tiempo inquietante y tranquilizadora, de responder a la pregunta que se hacían los gobernantes desde principios de los años 1780-1785: ¿qué pasaría si el pueblo de París se subleva e iniciara una revuelta? Mercier responde claramente: «Si los parisinos, que tienen sus momentos de eferescencia, se amotinaron, serían encerrados rápidamente en la inmensa jaula en la que viven; serían privados de grano y, cuando no tuvieran nada que echarse a la boca, se verían obligados a pedir perdón y misericordia». ¹³ El mutante social que en ese momento era Mercier, a las puertas del reconocimiento de la República de las Letras, no podía ser más claro: París era una inmensa casa de fieras donde los carceleros podían cerrar las puertas para matar de hambre a los animales de la ciudad si manifestaran tendencia a la insumisión. El lector comprenderá así mucho mejor el odio de los parisinos hacia el muro de los *fermiers généraux* construido en esa época. Este cerco fiscal, más allá de ser el instrumento que permitía cobrar una tasa detestada sobre los productos que entraban en la capital, era también la taxonomía que convertía al pueblo en un animal encerrado en una inmensa jaula que Mercier esencializa conscientemente, muy seguro de que iba a ser comprendido por sus lectores. ¹⁴

En el lado contrario, en la cima de la sociedad, estas nuevas concepciones animalísticas legitimaron la posición de los más poderosos. La genealogía no solo no quedó como una ciencia obsoleta, sino que se convirtió en la punta de lanza de las investigaciones veterinarias llevadas a cabo para mejorar la raza. La política de «la sangre cuanto más pura mejor» reapareció con fuerza vinculando, por ejemplo, en la anglomanía de las élites la *race horse*, un nombre muy oportuno, con el pedigrí nobiliario. Los nobles lo eran

por ser de sangre pura.¹⁵ ¿Dónde se encuentra, pues, la frontera entre el hombre y el animal? ¿Pueden considerarse humanos todos los hombres, incluso aquellos que, después de muchas generaciones, tienen como incrustada en la sangre su función manual y la actividad de su cerebro ha quedado reducida a la simple supervivencia? ¿Cómo devolverles una parte de aquella humanidad entumecida y oculta bajo costumbres bestiales y la apariencia de bestias de carga?¹⁶

En los sistemas de clasificación nacidos de la vulgarización de las ideas de Linneo, ya fueran aceptados o rechazados, es decir, en la batalla de las nomenclaturas que estructuraron las nuevas ciencias naturales alrededor de las cuales se establecerá la jerarquía de la continuidad entre todos los seres de la naturaleza, se estaba dirimiendo la dimensión animal de la naturaleza humana redefinida entre 1730 y 1770.¹⁷ En esta controversia científica, que debía hacer del hombre o el primero de los monos o el *unicum* de una especie solitaria, Buffon ocupó un lugar estratégico por su condición de director del Jardín des Plantes del rey, cuyo título lo convirtió en una voz autorizada dentro del mundo de los naturalistas. Este científico, el más leído en Francia a partir de la aparición de los primeros volúmenes de su *Historia natural* en 1749,¹⁸ sostuvo la idea de que existía una cadena ininterrumpida, que ligaba al mundo animal, desde la célula hasta la cima de la perfección zoológica que era el hombre, inmediatamente después, y justo por encima, del mono. Con prudencia, pero de manera firme, sostuvo así una ruptura epistemológica que acababa con la certeza del origen divino del hombre, un acto de audacia científica que trastornaba las líneas de división admitidas entre los hombres y el resto de los seres vivos.¹⁹ Lejos de cualquier metáfora sencilla, el hombre era el primero de los animales, pero en un oxímoron controlado, para Buffon, no era uno de ellos.²⁰

¿Cómo iba a reaccionar ante esta nueva representación del mundo el público cultivado muy al día en cuestiones científicas? ¿Y la república de grafómanos y de semicientíficos siempre a la búsqueda de una escritura sensacionalista y de vulgarizar teorías complejas? ¿Cómo se difundió entre el público la taxonomía de Linneo imaginando, por ejemplo, hombres con rabo u hombres de los bosques y las teorías de Condillac, que hacían del hombre un receptáculo de sensaciones igual que cualquier otro ser animal y sensible? ¿Cómo iban a comprender los lectores *amateurs*, sin ser especialistas en temas naturales, las primeras teorías sobre la evolución y qué

uso podrían hacer de las de Buffon sobre la degeneración del hombre o de aquellas que hablaban de la cercanía entre los primates y los hombres?²¹ ¿No eran curiosos esos monos haciendo de hombres, imitándolos hasta dar origen a todo un género pictórico en el que los pintores, como monos, imitaban el mundo donde los monos hacían de pintores? Todo era como si fuera.

Para una opinión pública, ilustrada sin ser científica, esto podía traducirse en comportamientos que manifestaran la convicción de algunos que, superiores por naturaleza, se sintieran más humanos que otros, que quedaban relegados a la condición de animales mejorados. De esta manera, Longchamp, criado de la marquesa de Châtelet, recordaba haber sido reprendido por su señora por haberla rociado con agua demasiado caliente. Él, entonces joven, reconoció su error ante la mujer que tomaba su baño: «Ella no sentía ninguna vergüenza por mostrarse desnuda ante su lacayo; en tanto que mujer de la alta sociedad, no veía en él verdaderamente a un hombre».²² ¿Veía en él, entonces, un animal humano? La tensión se desplaza con una violencia que los animales pueden padecer directamente. En un taller parisino, donde el maestro trataba a sus aprendices como perros, la gata preferida de la dueña, en una polisemia cuyo sentido no escapaba a ninguno de los actores, fue perseguida y masacrada, como los otros gatos, por los obreros a falta de otra manera de expresar su resentimiento.²³

De este modo, la revolución de los conocimientos pasó por la construcción de una nueva versión vulgarizada de las ciencias naturales a través de diccionarios y enciclopedias repletos de tablas de clasificación de los saberes y de ordenaciones de la escala de los seres vivos.²⁴

Por una ciencia política del animal en la Revolución

Hasta la fecha, el lugar que ocupó el animal en la Revolución —en su especificidad como ser animal— ha interesado poco a los historiadores de la política, reservándose para temas clásicos y verdaderamente fundamentales como el ejercicio de la ciudadanía. Existe otra línea de trabajo que surge y es la de poner en el centro de la cuestión el papel de los animales en una sociedad trastornada, encontrando las fuentes y los documentos que permitan hacer visible al pueblo animal entre 1789 y 1799. Después de diez años de conflicto, y del intento de estabilizar los principios de la Revolución durante

el Consulado, el paradigma científico cambió convirtiendo lo que era una ciencia abierta del hombre, de la naturaleza y del animal en una ciencia de la clasificación, de la ordenación utilitaria y de la exclusión.²⁵

Para comprender cómo fue posible que la esperanza de una *cit * que integrara en un solo  rculo a todos los seres vivos se transformara en la pesadilla del restablecimiento de la esclavitud y de la cosificación de los animales en el Código Civil, debemos volver atrás. El siglo XVIII redescubrió al animal. El ciudadano era, por excelencia, el animal político. A través de la proximidad física de los animales, descubrió para qué estaba en la tierra: para progresar en su naturaleza, en paz consigo mismo y con los demás en sociedades distintas y amigas. El abogado Camus, fundador de los Archivos Nacionales y el diputado que más veces tom  la palabra entre 1789 y 1791, hoy olvidado, tradujo y publicó en 1783 *Notes sur l'histoire des animaux d'Aristote*.²⁶ El fin de siglo XVIII reinventar  al hombre en *zoon politik n* y fundar  la república del derecho natural, la del hombre, primer animal convertido en el centro a partir del cual deb  reconstruirse la *cit * y toda la organización social pensada como un enorme organismo animal. Así es como la describe Cabanis, médico del cuerpo político y pensador de la ideología durante el Directorio, que imagina la nación bajo la forma de una entidad animal sana, símbolo de la soberanía de todos, en oposición a la monarquía, haciendo de la cabeza ajada y sagrada del rey el símbolo del poder.²⁷ A pesar de ello, el animal podía adoptar la forma de un repelente cívico que el arte de la política tenía que erradicar privilegiando la razón, clasificando a los seres según su inteligencia y protegiendo el conjunto con una ley benéfica. En este caso, el ciudadano, perfectible por su condición humana, se distanciaba radicalmente del otro mundo amenazador, el de la violencia animal, donde regía la regla del más fuerte; un mundo donde, a la manera de Hobbes, se impone la ley del más fuerte.

Por el contrario, la nueva *cit * debía construirse a partir de un doble imperativo que, en ocasiones, podía ser contradictorio: el primero de ellos era la construcción del ciudadano, consciente de su humanidad y protegido por el derecho en medio de un mundo de bestias del cual deseaba alejarse reafirmando su razón de ser humano; en segundo lugar, el de la clara proximidad entre humanos y animales como matriz de un posible modelo armónico en el que el legislador pudiera inspirarse para encontrar reglas básicas de una vida feliz que permitiera a todos los seres, humanos y no

humanos, vivir juntos. Estos son los dos polos entre los que se debatieron las reflexiones, entre la creencia de que una república de castores podría constituir un modelo para hombres sabios y humildes y el miedo de ver convertirse a la *cit * en una jungla dominada por hombres feroces. Entre ambos se encuentra, extraña, ambigua, casi inmoral y lacerante, *La f bula de las abejas* (1718), del inglés Mandeville, un auténtico éxito en Europa, que cuenta, entre el cinismo y el realismo, el funcionamiento de una sociedad donde las abejas y los avispones se disputan el trabajo y la riqueza y donde el lujo de los depredadores surge de asegurar el mínimo alimento a los obreros según el más salvaje de los liberalismos.²⁸

En ambos casos, la Revolución, después de establecer la República, se interrogaba sobre la frontera que separaba al ser humano del ser animal:  era la República recién creada la que, ampliando el círculo de la ciudadanía, había tomado conciencia de la cuestión animal en un acto bienintencionado de integración de todos los seres vivos en la modernidad política? A partir de entonces, la *cit * tendría en cuenta los derechos de los animales resultantes del deseo de dar un impulso positivo y ciudadano a las capas más bajas de la sociedad, a ras de suelo, y los animales encontrarían así una forma de consideración. En su camino hacia un progreso colectivo, la República habría, de esta manera, devuelto su dignidad cívica a los humanos olvidados: mujeres, esclavos y pobres, antes de descubrir a aquellos que estaban todavía más lejos, fuera de la vista, los no humanos, los animales, como sugerir  uno de los últimos concursos de la clase de ciencias morales del Institut, el de 1802. En él, en efecto, se invitaba a reflexionar sobre la barbarie de los malos tratos infligidos a los animales y sobre la necesidad, o no, de legislar en su favor cincuenta años antes de la ley Grammont.²⁹

Y todavía queda una pregunta incómoda más de la que no se puede prescindir:  fue la ampliación de la categoría de seres vivos y de seres semejantes, planteada mucho antes de 1789 con la renovación de las ciencias naturales, la que, elevando la categoría de los animales o haciendo del hombre el primero de ellos, habría planteado el problema del límite inferior de la humanidad y de su relación con el límite superior de la animalidad? De esta manera, mecánicamente, casi por mero determinismo científico, se habría impuesto la cercanía entre el hombre y el animal. Y, para algunos, peligrosamente porque esto habría revelado, en los límites de la humanidad, seres más próximos a los animales que a los humanos, apelan-

do como respuesta no a una política de integración sino a la exclusión radical de esa franja calificada, según se viera, como semihumana o semianimal. Esta última pregunta iluminará por lógica el punto de llegada del libro y la forma dramática en la que una ciencia pudo construir, a través de una seudoverdad, la proximidad de algunos hombres con ciertos animales, como en el caso de los africanos con los monos, dando así lugar al nacimiento del racismo, a pesar de todos los avances que supuso la revolución política del último decenio de 1789-1799.³⁰

Si la primera hipótesis es acertada, la democracia, como instauradora de la igualdad de derechos de todos los seres humanos al nacer y, por extensión, de la posibilidad de una integración de todos los seres humanos en una misma comunidad igualitaria, constituiría el más extraordinario de los sistemas políticos al comienzo del Siglo de las Luces, cuya plena realización todavía seguimos esperando a comienzos del siglo XXI. Sin embargo, inventar la modernidad en su versión más feliz, es decir, mediante la abolición de la esclavitud y pensando de manera conjunta con todos los seres vivos, hombres y animales, sería abrir para algunos, cada vez más numerosos, la caja de Pandora de la inquietante extrañeza que generaba, y de lo insostenible que suponía el hecho de aceptar que todos los hombres sin excepción fuesen iguales y que todos los seres humanos, fuera cual fuera su color y su sexo, tuviesen los mismos derechos.

De hecho, el fascinante misterio de un orden de clasificación para todos los seres apareció en los albores del mundo contemporáneo con sus nefastas consecuencias, resultado de la porosidad entre las ciencias políticas y las ciencias naturales. Los políticos vulgarizaron el lenguaje de los naturalistas proclamando a pleno pulmón sus metáforas, ofreciendo un lenguaje que se dirigía al nuevo régimen, primero al de 1789, después al de 1795, en términos de selección de los mejores y de organización racional del saber, dividiendo los grupos según unas aptitudes consideradas innatas y clasificando a los seres según la forma de su cuerpo, condenándolos así a cumplir una función y no otra. En el momento de ser proclamada la igualdad, apareció el peor de los venenos de la civilización tomando al pie de la letra esta igualdad pervertida. Ya que todos los seres son iguales, están unidos por una continuidad de vida y son *casi* lo mismo, los hombres y las mujeres, los europeos y los cafres, los ingleses y los hotentotes, los franceses y los aborígenes. Y es ese *casi* lo que constituye la raíz de la catástrofe racista que marcará el giro del año 1802,

cuando toquen a difuntos todas las esperanzas cívicas y ciudadanas, con el restablecimiento de la esclavitud como la parte más visible de este iceberg retrógrado.³¹ Con el tiempo, esta postura dará origen a un pensamiento discriminatorio sobre la raza en el sentido contemporáneo del término.³²

Aquí se encuentra la ambición de este libro, en su voluntad de establecer las consecuencias de haber despojado de cualidades al ciudadano incómodo por su condición de popular —y, por lo tanto, entregado a sus instintos animales— mediante la representación de un pueblo que era deslegitimado por ser incapaz de superar su ferocidad intrínseca, estigmatizando al negro porque se parecía más a un mono que a un blanco y civilizado europeo o apartando a la mujer por tener el cuerpo marcado por su naturaleza femenina.³³

El pobre, el negro, la mujer y, en lo más deprimido de la escala, la mujer negra pobre encarnan los paradigmas extremos de la infrahumanidad, de la subciudadanía, creando una contramodernidad nacida, paradójicamente, de la Revolución, con una gran conmoción y el vuelco completo de los ideales de 1789 y de 1792; una clave de interpretación que permite comprender la disección de Sara Baartman llevada a cabo por Cuvier, uno de los más grandes sabios de su tiempo, y su conclusión en la que afirmaba, sin vacilar, la proximidad del cuerpo de quien había sido denominada la Venus hotentote con el de una mona.

Este libro está planteado como una obra abierta con la ambición de presentar una historia de la Revolución a través de los animales y una historia de los animales durante la Revolución, con la esperanza de construir una historia que se pretende total o, al menos, que intenta no descuidar ninguno de los aspectos importantes de los estudios sobre animales que están llamados a desarrollarse en los próximos años.

El estudio comienza a ras de suelo, con la inmersión en más de seiscientos informes de la policía parisina correspondientes al decenio que va de 1789 a 1799, cuando los inspectores y comisarios tuvieron que crear un nuevo orden público; hacer frente a los daños que, de manera habitual, provocaban los animales y a los conflictos que desencadenaban. Se trataba de ordenar la calle republicana y de conferirle una ética y una limpieza nuevas. Era necesario colocar el animal en su lugar e impedir que anduviera errante. El animal se encontraba en el corazón de una apuesta política de

altura: sanear la ciudad, convertirla en más segura y desembarazarla de la suciedad del Antiguo Régimen. Este es el reto de estudiar la Casa de Fieras del Muséum que se aborda en la segunda parte.

Los animales más exóticos fueron llevados al Muséum d'Histoire Naturelle para participar en la aventura de la creación del primer parque zoológico público a finales del año 1793. El estudio de este jardín del Edén, en pleno corazón de un barrio pobre de París, en el emplazamiento del Jardin des Plantes del rey, permite observar una nueva relación armoniosa entre animales en semilibertad y ciudadanos curiosos. Entre las muchas empresas iniciadas por la Convención, la fundación de un Muséum d'Histoire Naturelle como lugar de conservación, cuidado y estudio de las formas vivas y, más particularmente, de los animales revela una apuesta muy importante. Debemos hacer notar que la naciente República de los derechos naturales, inscritos en el mármol de la Constitución, se consideraba protectora de las formas de vida, sobre todo de la vida animal, ofrecida en espectáculo a los ciudadanos. No sin dificultad, la Casa de Fieras prosperó, se organizó y acogió al público ciudadano, prueba de su «aclimatación» a la ciencia y a una nueva ecología republicanas.

En todo caso, los responsables de esta Casa de Fieras fueron conscientes de estar llevando a cabo una obra útil capaz de reintegrar en la *cité* republicana al animal como auxiliar en una economía de la ciencia o en una economía política situadas en el corazón de la regeneración de la sociedad francesa. Desde esta perspectiva, la tercera parte del libro se consagrará enteramente a la biografía del subdirector de la escuela veterinaria de Maisons-Alfort. François-Hilaire Gilbert formó parte de esta generación de veterinarios formados en el Antiguo Régimen pero que ejercieron su actividad durante la República. Médico de animales, Gilbert no dejó nunca de estudiarlos, de cuidarlos y de consagrarse a ellos por el bien de la comunidad. La ciencia veterinaria debía crear animales útiles, productivos, seleccionados, mejorados y rentables. Los «compañeros de trabajo» del hombre, como los describía Gilbert, servían a la causa de la República y se encontraban en el centro de la construcción de un país de ganaderos, de ciudadanos rurales y de agricultores responsables, conscientes de que el futuro de la República se jugaba en sus rebaños más que en sus banderas.

En las antípodas del mundo veterinario, la cuarta parte nos lleva a una historia política de la animalidad y de la animalización como forma política

descalificadora del adversario. El animal no es cuidado ni mimado sino utilizado como sustituto del enemigo a quien se debe batir. Muy pronto, en el lenguaje político de la Revolución, el otro aparecerá como un animal nocivo del que es necesario deshacerse tomando prestado de las ciencias naturales un discurso político que tiende a naturalizar la esencia animal del pueblo y de sus líderes. A su manera, Mercier, el marqués de Sade o Boissel, uno de los más radicales militantes *cordeliers* y ecologista precoz, pusieron de manifiesto, uno tras otro, esa inquietud, esa alegría malsana o ese terror surgidos al constatar la parte de animalidad que tenían sus contemporáneos o, al contrario, la oportunidad que ofrecía la Revolución para imitar a los animales y vivir al fin en armonía con ellos. Para Boissel, luchar contra la violencia de las costumbres con el fin de convertirse en ciudadano y ser republicano pasaba, en primer lugar, por el respeto a los animales y por una dieta frugal.

Una última constatación se impone para abordar la quinta y última parte: la construcción de la animalización del pueblo durante el Directorio registra un cambio de rumbo, lo que obliga a plantearse la cuestión del racialismo, tal como surgió en 1802. Algunas de las teorías desarrolladas por reconocidos científicos degradaron a los habitantes de África hasta el nivel de los primates. De este modo, se produjo una regresión del pensamiento que preparaba para aceptar lo peor, es decir, para asumir la proximidad de los pueblos negros a las tribus de monos, en nombre de un saber que se proclamaba descriptivo pero que no hacía otra cosa que contribuir, a la larga, a la humillación de los africanos reducidos al nivel de los chimpancés o descritos como si fueran un grupo de jocos.

En el mejor de los casos, desde la filosofía ilustrada y perfectible de las Luces, el destino del hombre y el del animal fueron pensados de forma conjunta. En el peor, desde el del racismo que estaba surgiendo, el hombre no iba a poder deshacerse de su destino. Unos estaban marcados por su animalidad biológica y los otros, por su animalización. El animal, que en el proyecto de una ecología republicana parecía ser el futuro del hombre, se convirtió así en la representación de su mancha y, para poblaciones enteras, en la evidencia de su fealdad, de su suciedad y de su maldad.

En estas condiciones, ¿por qué habrían querido hablar con nosotros los animales?